

SOBRE FEIJOO

Por María Blanca LOZANO ALONSO

El principio fundamental en Feijoo es la causa. A medida que se penetra dentro de su obra, un vasto universo se descubre, ocupado por diversidad de fenómenos y estados de la materia, que el conocimiento trata de apresar. Cada ente que puebla el mundo físico ofrece una multitud de hechos minúsculos, que necesariamente poseen una causa. La causa, pues, es la que sustenta este universo, como si la causalidad fuese la prueba cosmológica de su existencia. Se diría que la materia, en continuo cambio, en continua actividad, produce una serie infinita de formas, prolongándose a través de ellas indefinidamente. La sustancia de esa materia es inagotable y encierra una suma incalculable de posibilidades de existencia. Desentrañar las causas no es sino conocer y tratar de aprehender la sustancia de las cosas, recorriendo la curva de posibilidades que los fenómenos ofrecen. Pero, «nuestro grosero modo de discurrir ciñe la posibilidad al estrecho ámbito de la experiencia»(1), admitiendo solamente aquello que se ve, aun cuando los senos de la posibilidad son insondables. De tal manera que para cada diferente configuración de la materia se podrían lanzar diferentes hipótesis, infiriendo la posibilidad de sus existencia (2). Luego, a pesar de que el hombre admite como verosímil y seguro lo que queda más acá de la posibilidad, la realidad, no es sólo lo que aparece ante los ojos, sino cuanto queda también dentro de lo posible. La tentación para Feijoo reside precisamente en desplegar la posibilidad, desvelando lo que se halla oculto, lo misterioso y remoto, en una especie de

(1) P. Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, «Obras Escogidas», Biblioteca de Autores Españoles. Ediciones de 1952 y 1961. Volúmenes LVI, CXLII, CXLIII y CXLIII. - «Paradojas políticas y morales», LVI, pág. 287.

(2) Feijoo, «Peregrinaciones de la naturaleza», LVI, pág. 366.

gimnasia mental, de la que no se halla descartado el azar, detrás de la paciencia, lentitud e ingenio con que la lleva a cabo. Lo posible no se agota nunca, de suerte que el espíritu del hombre tiene en qué «ejercitarse», explicando todos los fenómenos y descubriendo sus causas, «lo que felizmente ejecuta discurriendo por todas las especies de movimiento, que es el ejercicio del ente mole, en cuanto tal» (3). La materia en continua efervescencia y el espíritu a la zaga, tratando de analizar cuantos fenómenos de la materia son perceptibles. Los fenómenos tampoco están limitados ni en el tiempo ni en el espacio, antes bien cabe pensar que aquellos que se dan en el instante no son sino el resultado de una larga serie de fenómenos anteriores, de un encadenamiento de causas y efectos; y, por consiguiente, a medida que se penetra en ellos y se precisan sus causas se va haciendo cada vez más inaprehensible y lejana la causa antecedente. La regresión empírica no tiene límite, lo que equivale a decir que el límite de esa regresión ascendente en la serie infinita de causas viene impuesto por la razón humana, que logra alcanzar un determinado grado en la escala del conocimiento. Sólo un espíritu sutil, perspicaz y profundamente reflexivo, sólo la suprema inteligencia de un «hombre sabio» puede realizar una ascensión cada vez más elevada e ir, al mismo tiempo, organizando y ordenando los hechos (4). Luego, la verdad está ligada a la causalidad. No es que la verdad absoluta se conozca, sino que, dado que el conocimiento de la verdad es un conocimiento empírico, la verdad consiste en la relación adecuada de las cosas, en saber la conexión que hay entre ellas. De donde se deduce que si el conocimiento de cuanto existe es siempre relativo y el hombre navega en medio de un torrente de fenómenos fugaces, será conveniente que la verdad sea «buscada por muchos y por opuestos rumbos» (5), lo que equivale a «mudar al entendimiento la mira», variando sin cesar o multiplicando el punto de vista (6), evitando así que la verdad, contemplada desde un sólo ángulo, termine por viciar la visión, paralizar la reflexión y, lo que es peor aún, extraviar el sentido moral. Conciliando la opinión de un solo hombre con la de otros se llenan los vacíos del conocimiento, los intersticios que la discontinuidad en el pensamiento va dejando, y, en definitiva, se logra que el ser dure.

En el dominio del conocimiento, en la búsqueda de la verdad, los hombres van marcando diferentes grados, según se conformen a aceptar aquello que ven, dando por finalizada prematuramente la indagación, o

(3) Feijoo, «Ecepticismo filosófico», CXLI, pág. 361.

(4) Feijoo, «Voz del pueblo», LVI, pág. 3.

(5) Feijoo, «Guerras filosóficas», LVI, pág. 61.

(6) Feijoo, «Paradojas morales y políticas», LVI, pág. 279. La verdad histórica es tan difícil de conocer, tan impenetrable como la filosófica —dice Feijoo—, y suele estar desvirtuada, no ya porque la verdad tropieza con dos escollos peligrosos, la ignorancia y la pasión, sino también porque cualquier hecho histórico pasa por tantas manos hasta llegar a las del historiador, que es difícil que no se deforme. Por tanto para escribir la historia, para interpretar los hechos históricos, sería necesario abarcar toda la historia mentalmente, de una sola ojeada y encontrar el «verdadero punto de vista», a fin de representarla en su unidad. «Reflexiones sobre la historia», LVI, pág. 163.

según la penetración se realice con conocimiento más o menos claro, de tal manera que entre la verdad y el error, entre lo verosímil y lo inverosímil existe una gradación de matices, todos los cuales pueden tener su uso y utilidad, manejados con prudencia. Si en torno a un hecho se encuentran diferentes y contrarias opiniones, lo mejor será elegir «la que más dista de lo inverosímil». De la probabilidad de cuanto se conjetura como posible sólo una parte será realizable, aquella que de entre innumerables combinaciones imaginables, permita enlazar «tal y tal combinación determinada» (7). Examinando, por ejemplo, las posibilidades de existencia humana en otros planetas, Feijoo admite como válida dicha teoría en orden a la posibilidad, pero en orden a la existencia cabe pensar, dada la distinta composición y naturaleza de los planetas, totalmente opuesta a la de la tierra, que de vivir cualquier cuerpo animado sería de distinta especie a la del hombre. Y asimismo, a los cuerpos corresponderían «almas informantes» distintas (8). La posibilidad no es regla necesaria para la existencia de una cosa. «Ni aun Dios puede hacer que todo lo posible exista, aunque no hay imposible alguno a quien no pueda hacer existir» (9). La posibilidad se ofrece así inabarcable, ya que «poner raya a lo posible es ponérsela al Todopoderoso» (10). La posibilidad se convierte en un atributo de la divinidad y en un atributo de la sustancia de la materia. Por tanto, el conocimiento se presenta más que como una evidencia como una posibilidad, como una tentativa o esfuerzo heroico del espíritu por captar el mayor número de manifestaciones, por variadas que éstas sean. E indudablemente la variedad arrastra al espíritu no sólo de un objeto a otro sino de un matiz a otro, cada vez en un campo más extenso, dentro del cual tiene asimismo cabida el error. Si el error posee una causa, de lograr desentrañar ésta, «los errores serían admisibles, al menos dentro del terreno de lo posible» (11). Tales fueron los grandes errores de los filósofos antiguos como la paradoja de Anaxágoras de que «la nieve es negra». Lo que, por otra parte, vendría a demostrar que las doctrinas de los grandes hombres, de los hombres inmortales, tienen tal potencia interna que siguen constituyendo una fuente de conocimiento, pues es tan larga la distancia que les separa de los demás hombres que éstos son incapaces de absorber lo que el hombre genial es capaz de concebir y crear. En consecuencia, al desenmarañar el error, escudriñando su sentido y efectuando las operaciones que su análisis conlleva, se pone de nuevo en marcha el mecanismo de la

(7) Feijoo, «Peregrinaciones de la naturaleza», LVI, pág. 366. Mientras que en el conocimiento científico se evidencia un progreso hecho por la acumulación de datos y experiencias, que van engrosando día a día el caudal inicial, en el dominio de lo histórico los ejemplos y experiencias anteriores, los documentos y libros políticos, apenas poseen utilidad alguna ni pueden servir nunca de normas de ejecución para la actuación de un individuo en cualquier instante presente, ya que es escasísima la probabilidad de que concurren el mismo complejo de circunstancias. Para que un hecho tenga el mismo efecto tendría que tener la misma causa y que sobre ésta no actúe el tiempo. Ni siquiera cabe pensar en la posibilidad de que las circunstancias se repitan por un raro acaso, ya que siempre faltará una, la de la persona que obra. «Cualquier negociación política es como una máquina de muchos muelles, de los cuales uno solo que esté o más rígido o más flojo de lo que debe, toda la máquina es inútil». «Libros políticos», CXLII, pág. 227.

(8) Feijoo, «Si hay otros mundos», LVI, pág. 551.

(9) Feijoo, «Regla matemática de la fe humana», CXLII, pág. 148.

(10) Feijoo, «Paradojas políticas y morales», LVI, pág. 287.

(11) Feijoo, «Racionalidad de los brutos», LVI, pág. 131.

verdad, a la manera como se comprueban las operaciones matemáticas. De ahí que ni el error debe ser rechazado ni por temor al error -y en esta afirmación muestra Feijoo su valentía- el hombre debe detenerse ante la explicación de los fenómenos, porque ello equivaldría a «limitar el entendimiento y reducir al alma a durísima esclavitud». Si el hombre anda a tientas, el error no es sino otro modo más de marchar, más instintivo y rápido, sin reparar en peligros, y tal vez a tal tipo de caminante una marcha pausada y reflexiva le parezca falta de impulso y habilidad. Se trata, pues, de intentar una explicación lo más dilatada posible, a diferentes luces, que comprenda el mayor número de fenómenos, hasta llegar a proponer una «explicación universal» de todo lo existente. Tarea difícil, porque no todas las cosas permiten ser demostradas, ya que el campo sobre el que se ejerce el entendimiento no está sujeto exclusivamente a la experiencia, ni incluso la experiencia brinda un conocimiento seguro. «Aun después de vistos los efectos, se anda a tientas en el examen de las causas, que nadie puede alabarse de haber acertado con ellas» (12). El hombre nunca está seguro de aquello que conoce y a su inseguridad contribuye la relatividad de sus propias percepciones, consciente de los cambios constantes que se producen en el exterior, de la variación de las circunstancias, y de las alteraciones o disposiciones inestables de su mismo organismo. La inseguridad llega hasta el punto de considerar inexistentes las sensaciones externas de los objetos, dudando de la realidad y creyéndola soñada (13). De igual modo que la mayoría de los errores nacen de la inadecuada conexión establecida en las causas de los efectos, así creer que la realidad es soñada obedece a que, imperando también la ley de la causalidad en los sueños, se asocian ambas esferas, la real y la soñada, sin tener en cuenta que el encadenamiento causal es distinto en una y otra, mejor dicho, que entre ambas no existe continuación causal, aunque las dos se rijan por la causalidad. El sueño está circundado por un foso vacío, cuyo salto no se realiza sin la ruptura de la unidad causal. Ahora bien, el inquirir confuso de si lo soñado es vivido o viceversa, tema de tan larga tradición filosófica y literaria, se debe precisamente a que en el encadenamiento interminable de causas y efectos, el hombre es incapaz de recorrer esa larga cadena de anillos eslabonados, todos los fenómenos que constituyen su experiencia, puesto que sería necesario conocer una dilatadísima historia, cosa totalmente imposible para la memoria. El hombre cuya memoria conservase registrado todo el pasado, de suerte que éste se le hiciera presente en cualquier instante, poseería una energía gigantesca, divina. De ahí que sea imposible predecir el futuro, puesto que faltando cualquier eslabón de la cadena de hechos contingentes y libres, el nuevo acontecimiento, no pudiendo fundarse en los anteriores, quedaría en el estado de posibilidad.

(12) Feijoo, «Días críticos», CXLI, pág. 188.

(13) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXII, págs. 346-347.

Luego, en el mundo de la naturaleza, en el mundo del conocimiento científico, a medida que se profundiza en la observación, las causas van quedando cada vez más ignotas, y el sentido común aconseja que «ni se nieguen los efectos, porque se ignoran las causas, ni se niegue la virtud de las causas porque no podemos comprender el modo que tienen de influir» (14). Aun en las cosas más triviales sucede lo mismo, cuando se trata de imaginar las causas. Feijoo parece inclinado, pues, a considerar que lo que percibimos del objeto no es sino su efecto (15). De acuerdo con el escepticismo, sólo el efecto nos es dado en la representación objetiva y nunca la causa, de tal manera que no es la esencia de las cosas lo que se conoce, sino sus accidentes o sus operaciones, separando así del objeto la representación, concibiendo la naturaleza íntima como algo oculto y misterioso, que resulta inaprehensible. «No hay ni hubo hasta ahora quien por medio de ciencia adquirida penetrase el constitutivo específico de sustancia viviente o inanimada, no pasando de distinguir las por los accidentes externos» (16). Un ejemplo sería el caso de los etíopes, cuyo color negro aparece como una característica constante, un accidente inseparable de su naturaleza, sin que de ello se infiera que no llegaría a alterarse o a desaparecer de lograr evitar las causas que lo provocan. De este modo la causa pasa a ser el accidente que origina un efecto; lo que permite pensar que de no concurrir las circunstancias que rodean al hecho las «consecuencias» serían otras. Pero, aun teniendo en cuenta que la naturaleza del ser no se define exclusivamente por sus características externas, sino también por sus actos y operaciones, Feijoo insiste en que dichas operaciones no son sino efectos de esa naturaleza, no la naturaleza misma «toda naturaleza sustancial tiene su ser absoluto conceptible antecedentemente al orden de las operaciones» (17) y lo que habría que descubrir es la operación «primaria», característica del fondo de la especie, la cual se ignora siempre cuál sea. Lo que resulta contradictorio, pues en la actividad del ser es donde radica su realidad, ya que el modo heterogéneo y siempre cambiante de acción del ser, agota la idea de éste, como tal. La concepción de Feijoo arrastra todavía las influencias propias de las teorías aristotélico-escolásticas, viendo en la naturaleza de las cosas un principio primario, esencial y permanente que provoca diversidad de efectos. La causa primera se halla siempre oculta y lo que Feijoo denomina causa es causa eficiente. Todo efecto ha tenido un efecto antecedente que es causa suya.

(14) Feijoo, «Influjo en la imaginación materna», LVI, pág. 473.

(15) Véase las «Causas del amor» y los «Remedios de el amor», en el volumen LVI, págs. 402-428. Aunque el amor no es cosa trivial, sino primer móvil de todas las acciones humanas, príncipe de todas las pasiones, monarca cuyo imperio no conoce límites, máquina con que se trastornan reinos enteros, ídolo y astro fatal, que hace la felicidad o infelicidad de los humanos -dice Feijoo- sus causas y efectos son otros tantos misterios, porque dependen de la disposición (causa dispositiva) de los sujetos y existe tal variedad de disposiciones, aun dentro de un mismo individuo, que penetrando dentro de ellos se observa ser más por semejanza que por analogía como se producen las uniones amorosas, y sobre todo porque buscando el hombre lo deleitable de ellas, la voluntad influye sobre el entendimiento, inclinándole a aceptar la pasión.

(16) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXLI, pág. 352.

(17) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXLI, pág. 353.

Por tanto, conocer las causas no es sino remontarse en una serie de efectos, dispuestos a lo largo del tiempo. Se diría, sin embargo, que su deseo de obtener y acumular un más amplio número de manifestaciones, cambiando constantemente de perspectiva y aunando puntos de vista, comporta ya la intuición de que las representaciones no son simplemente principios de conocimiento sino que apuntan también a la esencia misma. La existencia no autoriza a pensar «a priori» que tenga una causa, aunque tal fundamento esté obtenido de la experiencia al suponer que cualquier fenómeno no siempre ha existido, sino que se ha producido a continuación de otro, por un cambio, del que es necesario encontrar la causa. La causa sólo concierne al fenómeno, es decir, a las modificaciones o formas de las cosas, que son sobre las que se basa la diversidad, la heterogeneidad. La materia como tal es homogénea. Por tanto, el fenómeno es la manera de ser, es lo que revela la esencia de las cosas. Feijoo parece darse cuenta de ello al entrar a exponer sus reflexiones sobre el cuerpo humano, del cual el hombre tiene conocimiento inmediato y directo.

Ya en un ensayo acerca de la «Racionalidad de los brutos» había llegado a reconocer que en los animales se podía observar que no todos los individuos de una misma especie obraban con igual uniformidad y semejanza, antes bien se advertía desigualdad, aunque no tanta como en los hombres, «lo cual depende de la mucha mayor extensión del conocimiento de éstos, por el cual perciben más multitud de objetos, y un mismo objeto lo miran a diferentes luces» (18); lo que demuestra que en los animales existe también la facultad de enlazar el efecto a la causa o la causa al efecto, y que, por otro lado, la intensidad de acción y la extensión del conocimiento varían hasta llegar a la escala superior del hombre, en la que el pensamiento descubre el encadenamiento causal de los objetos, penetrando en las combinaciones más complejas de la naturaleza. Luego, el conocimiento de la relación de causa a efecto es condición general y previa para percibir el mundo exterior y determina los movimientos de los seres. De ahí que Feijoo conceda que el alma de los brutos no es materia realmente, sino «un ente medio entre espíritu y materia».

En el caso de los hombres la distancia que separa la materia del «principio informante» es tan grande que resulta casi ininteligible e impenetrable explicar la «conexión» entre uno y otro, cómo recíprocamente se comunican. La diferencia entre la pura materia del ser y su esencia se nota contemplando un cadáver, el cual por más que se le inspeccione «nunca nos envía especie alguna, de si fue ingenioso o rudo, iracundo o manso, animoso o tímido, triste o melancólico el sujeto vivo. Como es cadáver en sí mismo, lo es también para nosotros; quiero decir, no produce en nuestra fantasía alguna idea de las *cualidades del espíritu que antes le informó*».

(18) Feijoo, «Racionalidad de los brutos», LVI, pág. 137.

Cuerpo es, y no más; cuerpo, y no más, concebimos». Y más adelante precisa todavía: «la representación natural no puede consistir en otra cosa que en varios, sutiles y delicados movimientos, que de las varias disposiciones del alma resultan al cuerpo, especialmente al rostro, y sobre todo a los ojos. La razón es clara, porque todo lo que percibe la vista en el cuerpo vivo, persevera en el cadáver, exceptuando el movimiento» (19). Luego, la materia está fija y es la forma no sólo la que da la existencia al ser sino su esencia. La forma es lo que fundamenta la diversidad, lo que individualiza al ser y le convierte en único y distinto de los demás seres. Y son las formas, es decir, los fenómenos de la materia, los que aliándose con la materia, y manifestándose en ella, la modifican. Y estas formas son las que están sometidas al principio de causalidad.

No obstante esto, para Feijoo la causa permanece ligada a un principio oculto, inexplicable, que origina el movimiento en todos los entes. «Nada sabemos de la naturaleza del ente mobile...no tomado en concreción a los individuos, ni considerado en las especies, ni abstraído en los géneros o ínfimos o subalternos o supremos»(20). Los hombres nunca llegan a alcanzar la verdad, por más que discurren sobre ella y le den diversidad de nombres. Todos los sistemas filosóficos vienen a incidir en el mismo vicio, pasan por los fenómenos naturales, investigan sus causas «inmediatas», pero «palpando siempre sombras, tropezando ignorancia y dudas», a excepción de unas pocas verdades que la experiencia les ha suministrado. Y aun así no hay cosa que no sea «cuestionable». «De modo que nuestra filosofía no es otra cosa que un tejido de *falibles conjeturas*, desde lo que llamamos primeros principios, hasta las últimas conclusiones» (21). Tal es la condición humana que nunca llega a nada razonable en materia alguna. El hombre es el único animal que no razona, que sólo conjetura. Las conjeturas permiten establecer una serie de «naciones universales», pero las causas siguen estando tan lejos del conocimiento del hombre que éste se estremece de espanto y asombro. Los juicios verosímiles, las posibilidades que se imaginan, los errores han sido y siguen siendo meras conjeturas. Nunca se llega a la certeza sobre nada. Nadie está libre del error (22). Sólo la experiencia ha logrado desterrar algunos. Pero pasan los siglos y se siguen manejando los mismos argumentos. «El que llegue a apreciar ni siquiera su propio discurso tiene puesta su creencia sobre el borde del precipicio» (23). *La creencia sobre el borde del precipicio*, porque es vanidad jactarse de haber entendido aquellas maravillas de la naturaleza que

(19) Feijoo, «Nuevo arte fisiognómico», CXLII, pág. 165.

(20) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXLI, pág. 361.

(21) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXLII, pág. 367.

(22) También Feijoo comete error en el asunto de «El anfibio de Liérganes», como señala Marañón, pero ya el propio Feijoo, al ir a exponer su opinión advirtió: «Hemos discurrido hasta aquí filosóficamente sobre todas las circunstancias del peregrino suceso de este hombre. Ahora nos resta deducir de él algunas consecuencias conjeturales... Conjeturales, digo, con que signífico que no procedo resolutoria, sino problemáticamente, en lo que voy a proponer. Es asunto muy delicado, y el rumbo por donde ahora llevo el discurso, muy nuevo, para poder, sin nota de temeridad, empeñarme en una decisión afirmativa». «El anfibio de Liérganes», LVI, pág. 335.

(23) Feijoo, «Escepticismo filosófico», CXLII, pág. 367.

sólo el poder de Dios ha obrado. Toda la creación revela la mano de Dios. En cualquier fenómeno de la naturaleza, en el más pequeño hecho, en el ser más ínfimo y vil se descubre a Dios, al *Autor* de la naturaleza. Y Feijoo cuenta la admiración y estupor que en una ocasión le provocó el examen del corazón de un carnero, que el anatómico francés Juan D'Eloor le mostró: «¡Cuánta variedad de instrumentos! ¡Qué delicados algunos, y juntamente qué valientes! ¡ Cuánta variedad de ministerios, conspirantes todos al mismo fin! ¡Qué armonía! ¡Qué combinación tan artificiosa entre todas las partes y los usos de ellas!» (24). La valoración revela el espíritu científico del siglo XVIII. La admiración es originada por la variedad, por la cantidad de funciones y de instrumentos, por las propiedades extraordinarias que cualquier organismo, cualquier sustancia, cualquier mineral posee. El producto natural supera en perfección al producto inventado por el ingenio del hombre, de manera que hay notable diferencia «entre el original y la copia». Los productos artificiales, las creaciones humanas, las obras de arte, de arquitectura y de música, deben poseer ese «no sé qué» que escapa a toda razón, algo desconocido y misterioso, inasequible y por ello asombroso e inesperado que despierta el interés por la armonía de sus múltiples combinaciones, la proporción y simetría de sus partes, y que eleva en la mente del hombre la idea de mil posibilidades y matices de belleza.

El hombre admira los efectos que la naturaleza ofrece, porque «son ocultas sus causas». Y admira los efectos de los experimentos de laboratorio porque ha logrado descubrir las causas que los provocan. Es el abismo insondable del prodigio lo que atrae al hombre neoclásico. La pesadez del agua, el flujo y el reflujo del Océano, el movimiento del hierro hacia el imán, el de los vapores de la tierra que ascienden hacia la esfera del aire, el fluir de la sangre al corazón hasta las partes más remotas del cuerpo, las diversas funciones que se operan en el organismo de una planta, sirviendo a todas de materia el mismo «tenuísimo terrestre jugo». «¡Círculo portentoso! —exclama Feijoo—. ¡Todo tan uniforme y tan vario!» Tiende la vista por donde quisieres, de Oriente a Poniente, del Septentrión al Mediodía, desde la estrella más alta del Firmamento hasta el lodo que sirve de lecho al grande cuerpo de Neptuno. Mira hombres, brutos, troncos, metales, peñas, agua, fuego, en fin todo lo que hay que mirar. No sólo en cada individuo, mas en cada porción suya, la más menuda que pueda percibir tu vista hallarás un prodigio incomprensible; esto es la infinidad de partes que la comprenden»(25). Millones y millones de seres, de portentosa pequeñez unos, de gigantesca magnitud otros, miles de insectos metamorfoseándose, miles de hojas de igual color y textura y, sin embargo, tan distintas entre sí, piedras de fabulosas virtudes, millones de estrellas, fenómenos raros, monstruos, meteoros. El prodigio en lo más vulgarizado

(24) Feijoo, «Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales», LVI, pág. 542.

(25) Feijoo, «Maravillas de la naturaleza», CXLII, pág. 345.

y el prodigio en lo más eminente. Un pequeñísimo gusanillo, como el descubierto por el holandés Lewenhoeck, imperceptible, que posee ojos y nervios y venas y arterias y músculos y todas estas partes compuestas de innumerables fibras. Y el continuo compuesto de infinitas partes, cuya divisibilidad es infinita. El átomo más leve se podría dividir en cien mil millones de partecitas distintas y cada partecita en cien mil millones de otras y así indefinidamente, a través de cien mil millones de años.

Y todo este vasto universo, siempre en movimiento, siempre cambiante, regido por la sabiduría de Dios, Artífice supremo, que no sólo ha formado, dado orden y concertado todo, sino que lo conserva. «Es imposible que el vehementísimo ímpetu que en las partes de la materia suponen estable Descartes y Gassendo no destruya el orden del universo, si Dios no está haciendo para su conservación un continuo milagro» (26). Dios es la causa que ha originado y armonizado esa infinita variedad de efectos y es la causa asimismo de que esos efectos continúen y permanezcan a través de los tiempos.

Y todo este vasto universo habitado por el hombre, gusano humilde de la tierra, partícula minúscula y efímera, pero también universo en miniatura. Suscita confusión y pasmo pensar que el conjunto de lo creado puede ser contemplado por el hombre, por millones de hombres. «Supongamos también que todos esos hombres en un mismo momento enderecen sus ojos hacia la estrella. En ese momento mismo producirá la estrella tantas imágenes tuyas, cuantos son los millones de ojos distribuidos por el vastísimo ámbito de esa esfera». Si la materia queda por la acción corrosiva del entendimiento humano fragmentada, atomizada, hasta llegar a un límite en que ya no es posible obtener de ella respuesta alguna, más allá del cual se cierran las puertas a toda penetración, también es cierto que el hombre puede girar los ojos en torno suyo, ver la obra de Dios, y en acto mental, en una expansión generosa de su espíritu, abarcar la totalidad y prestar unidad y armonía a lo múltiple y disperso.

Colegio Universitario San Pablo de Madrid.

(26) Feijoo, «Contra los filósofos», CXXI, pág. 98.